

LOS JÓVENES COMO ESTUDIANTES

EDUARDO WEISS

El presente número de la *Revista* busca contribuir a superar la dicotomía con que se trata a los jóvenes; para ello se convocaron investigaciones que enfocaran a los estudiantes cómo jóvenes y a los jóvenes como estudiantes. Se señalaron como temas de interés específico (aunque no exclusivo) los siguientes: culturas juveniles en la escuela; trayectorias de vida y de estudio; la experiencia escolar; la identidad estudiantil y juvenil; así como producciones culturales de los estudiantes; y todos, si bien en selecciones y combinaciones específicas de cada autor, son abordados en los artículos que aquí se presentan.

En nuestras culturas se observan cambios importantes, por ejemplo, en cuestiones de género y de relaciones de pareja, en el trabajo y los estilos de vida, la comunicación, la estética y la moral; pero es sobre todo en las culturas juveniles donde se pueden observar mejor estos cambios.

Los trabajos reunidos en esta sección refieren algunos de estos cambios que aparecen en la bibliografía sociológica: la crisis de la sociedad asalariada (Castel); la desinstitucionalización de las grandes agencias: Estado, familia, escuela, que pierden capacidad regulatoria y se vuelen “líquidos” a la vez que requieren un permanente movimiento del individuo (Baumann); la fragmentación económica, social, cultural y educativa, como heterogeneidad que no se integra en un todo (Tiramonti); o la migración a Estados Unidos. En la sociedad actual se desvanecen los roles institucionalizados y el individuo se ve compelido a producir su propia biografía, generando un proceso de autonomía y reflexión (Giddens y Beck); se requiere una reflexividad personal para planear y conducir su vida sorteando ciertos riesgos calcula-

Eduardo Weiss es investigador del Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigaciones y de Estudios Avanzados del IPN. Calz. de los Tenorios núm. 235, col. Granjas Coapa, México DF, CP 14330. CE: eweiss@cinvestav.mx

dos (Giddens), y la narrativa para generar un plan de vida (Dubar). En la sociedad post-moral la “buena vida” sustituye a la “vida digna”, la retórica de lo austero se sustituye por la felicidad y la fiesta (Baumann, Lipovski). Los trabajos aquí reunidos refieren estos cambios, a la vez que cuestionan algunos de los planteamientos teóricos más difundidos.

Los jóvenes son uno de los sectores más sensibles a estos cambios, aunque habrá que prevenir el peligro señalado por Tenti –referido en el artículo de Núñez– “de que el respeto por la cultura juvenil derive en demagogismo juvenil, legitimando exclusiones de los valores más valiosos y complejos de la cultura adulta y universal”. Desde de que los jóvenes se convirtieron en tema de investigación en los estudios sociológicos, son bien víctimas, victimarios o sujetos revolucionarios donde se deposita la esperanza de cambio –colmo señala también Núñez–. Los estudios antropológicos enfocaron, sobre todo, la conformación de las culturas juveniles urbanas en la línea de lo marginal o contracultural, incluso como “el otro” amenazante. Estas culturas juveniles, los *punks*, escatos, darketos o cholos; la ropa, los aros, el *piercing*; así como los estilos musicales correspondientes –que indican ser parte de algo e, incluso, identificar una postura ante la vida– aparecen también en tres de los textos aquí reunidos (Hernández; Díaz; y Núñez). Sin embargo, ya existe un reconocimiento explícito de la necesidad de emprender investigaciones para conocer a los “otros” jóvenes, los menos problemáticos o llamativos (Feixa, 1999 y Reguillo, 2000). Los estudios aquí reunidos lo hacen.

La mayoría de adolescentes y jóvenes están, hoy en día, en la escuela. En los escritos de la investigación educativa aparecen, fundamentalmente, como estudiantes: inscritos o excluidos, reprobados y desertores, con calificaciones académicas y con o sin competencias para la vida. Los docentes suelen etiquetarlos, en función de la lógica y la norma institucional, como “indisciplinados”, “apáticos”, “flojos”, “casos perdidos”; o bien se es “buen alumno”, “cumplido”, “responsable”, “obediente” (como señala en su artículo Díaz). Aunque –de manera creciente– los estudios educativos mexicanos los conciben como actores inmersos en diferentes prácticas culturales y buscan dar cuenta de sus experiencias (Guzmán y Saucedo, 2005). Cuatro de los artículos aquí reunidos (Guzmán; Díaz; Hernández; y Guerrero), nos hablan de las experiencias escolares.

Por otra parte, en cuanto al proceso de arbitraje para esta sección, se aprobaron siete de los 14 trabajos enviados, cuatro de México y tres de

Argentina; uno de éstos (Núñez) no presenta los resultados del trabajo de campo de manera sistemática aunque, desde su proyecto de investigación, sí establece una discusión sugerente sobre la bibliografía pertinente, por ello fue incluido como aporte de discusión. Dos de los artículos de investigación se refieren a los adolescentes en educación secundaria (básica) en México; dos a los jóvenes en bachilleratos en México; y dos más abarcan la educación media argentina. Los adolescentes y jóvenes viven en Buenos Aires y Gran Buenos Aires (Tiramonti; y Montes y Sendón); en México, en el Distrito Federal (Hernández; y Guerrero), en el estado de Morelos (Saucedo), y en una zona rural marginada del sur del Estado de México, donde hay una alta emigración a Estados Unidos (Díaz).

Me parece de singular importancia tener la oportunidad de presentar trabajos del grupo de Guillermina Tiranonti (2004) –pionero en América Latina en el estudio de la escolaridad en las clases medias y altas– pero también poder presentar la problemática entre jóvenes rurales, además de la mayoritaria en clases medias y populares urbanas.

Es interesante observar ciertas tendencias en el uso de conceptos. Los trabajos del grupo argentino usan el de individualidad, como característica sobresaliente de la socialidad actual; mientras los mexicanos prefieren hablar de la construcción de la identidad. Ello se debe, sin duda, a las orientaciones disciplinarias correspondientes, que es más claramente sociológica en el caso de Tiramonti, Montes y Sendón –todas ubicadas en FLACSO–, pero sin excluir la importancia de la subjetividad; en tanto que en las investigaciones mexicanas prevalece una orientación más cultural de raíz psicológica y antropológica, sin excluir el contexto histórico-social. El mismo matiz puede observarse en la cuestión de trayectorias, abordado tanto en el artículo de Montes y Sendón desde la perspectiva de las posiciones sociales, como en el texto de Guerrero, desde una orientación biográfica.

Los artículos mexicanos exploran, más bien, la construcción de la identidad y la experiencia escolar no tanto como socialización sino como sociabilidad (Maffesoli). Aunque este concepto también está presente en el trabajo de Núñez. Los referentes teóricos en el artículo de Hernández son la importancia de la narrativa en la formación de la identidad y de los proyectos (Dubar), el desarrollo de una reflexividad personal (Giddens), la autoría del yo (Holland *et al.*) de manera dialógica al incorporarse a este mundo y apropiarse de los artefactos culturales. Saucedo analiza las formas en que

estudiantes se apropián de recursos culturales, materiales y simbólicos (Rockwell) existentes en el contexto escolar o importados de otros espacios para expresar y recrear su condición como jóvenes. La autora parte de la existencia de ambientes socioculturales como mundos intencionales cuya presencia es real, pero que son producto de una relación de co-construcción en la que las personas construyen su medio a la vez que son constituidas en él (Shweder) y considera, con Wertsch, a los “individuos-actuando-con-recursos-mediacionales”. Díaz, nos muestra como fructíferos algunos de los conceptos centrales de la psicología del desarrollo (Erikson), donde la adolescencia se identifica con problemas de tipo emocional (duelos y crisis); conductual (estados cambiantes, rebeldía); o social (aislamiento, transgresión a las normas). Los complementa desde una perspectiva cultural.

También resulta interesante la importancia otorgada a cuestiones de moral, presente en casi todos los artículos, y explícitamente tematizados en los de Hernández y de Núñez. Para Hernández el tema de la identidad tiene una conexión estrecha con la moralidad en tanto ésta se define también por compromisos e identificaciones a bienes o cosas que consideran valiosas y le dan un sentido a la vida, a la vez que en las sociedades modernas existe un pluralismo moral (Taylor). Como podemos apreciar, todos los artículos que conforman esta sección se ubican en la nueva interdisciplinariedad de las ciencias sociales y humanas.

Tiramonti se pregunta qué presencia tienen las familias y las instituciones escolares en los modos en que los jóvenes actúan su individualidad. Ya en investigaciones anteriores había observado una convergencia entre culturas familiares, expectativas juveniles y formas de socialización escolar. En los resultados destaca que la individualización es resistida en familias de élites tradicionales e hijos de sectores medios conservadores en instituciones confesionales “en marcos institucionales fuertes”. Tanto por parte de la familia como de la escuela hay una “inhibición” a la construcción de opciones individuales. En cambio, la individualización se presenta como mandato en las capas medias ilustradas, entendida como ampliación de las opciones y de los márgenes e libertad. Ellos compiten por lugares estratégicos en el mercado y eligen escuelas que priorizan la excelencia académica. Intentan aunar la gratificación personal con un análisis de la viabilidad, hay presencia de un discurso “psi” en los modos de pensar de la familia y la relación con los jóvenes. En las escuelas “nada se escapa a la mirada de directivos y responsables, todo es procesado a partir de la conversación y

reflexión”, y se privilegian “la responsabilización personal, el autocontrol y la gratificación por el trabajo escolar”. En otro grupo de sectores altos y medios en escuelas bilingües los estudiantes siempre compiten, “la autorrealización pasa por la capacidad de estar siempre en carrera”.

El artículo de Montes y Sendón es complementario; ellas son integrantes del mismo equipo de FLACSO, que realizó 614 encuestas a alumnos(as) de 14 escuelas estatales y privadas del área metropolitana de Buenos Aires y 150 entrevistas a padres, docentes, directivos y alumnos(as) de diferentes sectores sociales. Su artículo ofrece una profundización, por un lado, en los cambios en las clases sociales en Argentina y, por otro, en algunas características de las instituciones escolares. Destacan que las escuelas de élite privadas suelen ofrecer un recorrido completo desde la educación inicial y los hijos no cuestionan la decisión que los padres tomaron, para garantizar una selección entre pares con el objeto de mantener posiciones adquiridas. Lo caracterizan como estrategias de cierre social en “instituciones casi totales”. En sectores medios, la elección incluye motivaciones personales de los jóvenes, relaciones más horizontales con docentes. La “libertad con límites” juega un rol importante, así como la libre elección de actividades extracurriculares y de carreras va más allá de las tradicionales como ingeniería, medicina y abogacía e incluye un menú heterogéneo. En sectores medios menos acomodados, también la incorporación al trabajo aparece en el horizonte inmediato y empieza con hacerlo los fines de semana o en vacaciones.

A mi ver, resulta significativo que, por un lado, la individualización es resistida por las élites tradicionales y, por el otro, claramente aparece una libertad con límites constantemente monitoreada. Si bien hay un discurso “psi”, el hedonismo, que generalmente se atribuye a la sociedad y juventud actuales, no aparece; en cambio, se privilegia la competencia. La teorización general respecto del distanciamiento de los roles (Svampa), del actor plural (Lahire), del actor con múltiples hábitos o esquemas de acción en lugar del *habitus* duradero, parece verificar sólo para parte de las escuelas de élite.

Resulta interesante comparar la situación en el escenario de los artículos de Hernández y de Guerrero: el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) de la Universidad Nacional Autónoma de México, frecuentado por hijos de clases medias y populares que se caracteriza por un modelo curricular innovador y un ambiente mucho más laxo. Guerra y Guerrero (2004) habían

encontrado que el sentido principal de los estudios de bachillerato –tanto entre alumnos de la modalidad general como técnica– era obtener el certificado, ya fuera para continuar una carrera profesional o para conseguir un mejor empleo. Pero en segundo lugar se ubicaba la escuela como espacio juvenil; este sentido de la escuela aparecía mucho más importante que las competencias académicas que se adquieren.

Hernández destaca el ambiente “vibroso” del CCH y la diversidad juvenil que permite a los estudiantes de este bachillerato ampliar su experiencia cultural al observar o participar en diferentes estilos juveniles pero, sobre todo, observar y participar con el otro género, donde se puede apreciar un cambio en los roles tradicionales, ahora también las mujeres “califican (abiertamente) al personal” masculino. Destaca que el contacto afectivo con otra persona abre enormes posibilidades de autoconocimiento y expresión, en tanto le doy un sentido a mis emociones y expongo mi intimidad ante la misma. El ambiente gratificante de mucha libertad tiene también sus riesgos, el descuido del trabajo escolar, la reprobación, el excesivo consumo de alcohol en las fiestas, etcétera

La edad y el ingreso al bachillerato marcan un mayor espacio de libertad, que es particularmente acentuado en el tipo analizado. Los estudiantes aprenden que esta libertad implica una responsabilidad para sí mismos (Hernández) y con la familia (Guerrero). La mayoría lo argumenta desde un marco moral utilitarista, centrado en las consecuencias negativas, pero también aparecen razones desde la autonomía y el compromiso con su formación. En los argumentos de los jóvenes, el bachillerato también es un tiempo de maduración: ser maduro aparece primero como una demanda externa pero, luego, también de manera personal en relación con el futuro que uno desea, como compromiso consigo mismo.

Guerrero aborda la misma problemática en el mismo bachillerato desde la perspectiva del “curso de vida”, un paradigma emergente que intenta explicar la manera en que se da sentido personal y social al tiempo biográfico (Gleizer). Destaca el “punto de retorno” que hace referencia a momentos especialmente significativos de cambio; se trata de experiencias o acontecimientos que provocan fuertes modificaciones que, a su vez, se traducen en “virajes en la dirección del curso de vida” (Elder). Guerrero selecciona entre sus casos de estudiantes entrevistados a profundidad los que habían estado a punto de dejar los estudios, analiza los eventos que los llevaron a esta situación, pero también los que permitieron replantearse

los estudios y asumirlos con una nueva actitud. Todos cuentan que el ba-chillerato significó, para ellos, un valioso aprendizaje: “aprendieron a ser responsables.”

En estos trabajos aparece un mayor marco de libertad que en las escuelas de élite argentinas, pero también una mayor responsabilidad a través de experiencias dolorosas –y muchos jóvenes efectivamente desertan y quedan atrapados en la banda, el alcohol o la droga–. Cuando menos para los jóvenes que logran superar la crisis, no se verifica una falta de responsabilidad: “la obligación de responder y hacerse cargo”, como dice Núñez. Si bien hay que señalar que este autor habla de la cultura política de los jóvenes, y en este terreno tal vez sea así, en el ámbito personal también hay ejemplos alentadores en nuestra cultura (post)moderna.

Los artículos de Saucedo y de Díaz nos llevan a la fase previa, la de la secundaria (básica) y de la adolescencia. “Ya no son niños” como amonestan los maestros.

Saucedo muestra la efervescencia y animosidad en las aulas, cómo aprenden a “llevarse y aguantarse”, pero también cómo usar las herramientas escolares para divertirse o tener poder. Analiza cómo se ubican los jóvenes ante la regulación institucional en “no fachosos pero bien peinados” y en la lucha alrededor de la mochila. En las formas de participación de los y las estudiantes destaca la necesidad de expresarse como jóvenes a través de la diversión y la efusividad, y la necesidad (muchas veces implícita) de que los ayudaran a controlarse o a cumplir con sus labores como estudiantes. Frente a otros trabajos que enfatizan la oposición y resistencia a las reglas, Saucedo señala que los alumnos observados tienen la habilidad para usar los recursos de un modo muy flexible y dinámico, tratan de encontrar elementos válidos de las reglas que les ayuden a regular su comportamiento pero, al mismo tiempo, descartan lo que atenta contra su condición como jóvenes.

Díaz, cuyo estudio se ubica en zonas rurales de alta marginación, nos habla de los cambios y crisis en el tránsito de niño a adolescente, los cambios de voz y el crecimiento físico que les permiten reconocerse como mayores, sentirse diferentes y tomar conciencia de su desarrollo. Las mujeres también aceptan, en general, los cambios que tiene su cuerpo; sin embargo, la menstruación resulta un fenómeno dramático asociado con sentimientos de miedo, coraje, molestia, algo que “pone de malas” y en la cultura local, se asocia con lo “vergonzoso” de ser mujer. Releva la importancia de la

intimidad entre pares y del valor de la amistad, así como del noviazgo. En los amigos de su edad, los jóvenes encuentran las posibilidades de desplazamiento de la necesidad de empatía con los pares y la seguridad de emprender juntos acciones y aventuras que fortalecen su autovaloración, su autonomía y, por ende, su identidad.

En un siguiente apartado presenta los gustos, preferencias y usos del tiempo libre. Destacan la música –los gustos musicales de los jóvenes se adscriben en la ranchera y de banda– y la televisión. En algunos es evidente la síntesis de elementos de la “cultura moderna” y de la propia cultura local, quienes se visten “cholos”, usan gorra y manejan una moto, pero también crían gallos y los presentan en las ferias regionales. Los proyectos se dividen entre “voy a estudiar una carrera” versus “me voy a Estados Unidos”.

Ésta fue mi lectura. Sin duda, los artículos ofrecen muchos más puntos de interés para cada lector.

Referencias bibliográficas

- Feixa, C. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus*, Madrid: Ariel.
- Guerra, Ma. I. y Guerrero, Ma. E. (2004). *¿Qué sentido tiene el bachillerato? Una visión desde los jóvenes*, México: Universidad Pedagógica Nacional.
- Guzmán, C. y Saucedo, C. (2005). “La Investigación sobre alumnos en México. Recuento de una década: 1992-2002”, en Ducoing (coord.) *Sujetos, actores y procesos de formación*, tomo II, col. La investigación educativa en México, 1992-2002, México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa.
- Reguillo Cruz, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Tiramonti, G. (2004). “La fragmentación educativa y los cambios en los factores de estratificación”, en Tiramonti (comp.). *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*, Buenos Aires: Manantial.